¡Vencer a la Montaña!

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

¡Vencer a la Montaña! (por Daniel Bernardo Grimberg)

Del Cuaderno de Viaje de Fernando Ríos: "Adentrándome en las prácticas budistas he aprendido a calcular lo instantáneo dentro de feroces sagas de capítulos sucesivo, y que hay que tranquilizarse al entrar en eventos que rondan al desconocimiento absoluto (hay que sostener una fe sobrenatural que jamás negocia con suspendidos significados). Una historia que se desarrolla en el suspiro del minuto, con la ignición del tiempo se hace eterna y no se desfonda en las medrosas especulaciones que a veces se llevan a cabo. Hacer campamentos, turnos, y guardias, es un trabajo a largo plazo en el que se reconoce que su expansión anida en las sombras y en lo imperceptible, no se contradice al creer reconocer lo verdadero o falso, y que en una cortedad derrotaría a lo que le impide el curso. Si bien el tiempo diseña asesinatos, el hombre hace resplandecer al ideal del orden sobre sus principios caóticos. La ignorancia es suponer que existe objetividad en la desesperada disolución que en algún momento se le antepone. Releyendo a Hellspun aprendí que la locura es progenitora del coraje (esas fueron las palabras de un hombre que no se dejó envolver por las acostumbradas fronteras). Gracias a sus textos francos y pletóricos de testimonios, me he alistado a vencer la Montaña… mi espíritu se alza por arriba de cualquier miserable abdicación.

I

Susana Pial pasó entre campos minados con nieves que parecían algodones, y se contradecían con los inveterados recorridos que hacía por los aplanados suburbios de Buenos Aires. No sabía a ciencia cierta en donde estaba ni con que signos se inquietaban los cielos. Antes solía ir con regularidad a hacer compras en mercados en los que era escuchada y atendida; sitios comunes que no se hundían en tonos blancuzcos ni se retorcían con neblinas ni ofrecían trabas que obligaban a detenerse bajo pena de ser arrasados por frenéticos caudales de aguas, hielos, o ventiscas. En áreas suburbanas solía pasear con una contumaz complacencia y el ocasional agregado de conversaciones triviales con amigas. Ahora miraba con desconcierto a los frentes blancos que moldeaban un mundo que no era su moneda habitual, e ingresaría en cadenas de montañas que no menguaban en poderíos, se hacían pomposas en extremo, y la obligarían a avanzar sin arrinconarse por sus

extraños humores. Junto con su novio, Fernando Ríos, había ido hasta el Himalaya para escalar al monte Everest por una ruta de la que insistentemente había escuchado hablar, y tenía razones y paralelismos con lo inmutable. Ese ascenso no serviría como una impostación, sinos será el pilar sagrado que la sostendrá en pie. Esa feliz confrontación con la Montaña sería precedida con algunas prevenciones, pero había arribado con la idea de menospreciar al cansancio y al miedo, y dar un sereno marco a sus pasiones. En verdad, se había propuesto elucidar la génesis de sus sentimientos, con la especulación que encontraría una máxima respuesta.

Insertados en un magno amanecer, la pareja se conectó con otros turistas que, con cuidadosas preparaciones, planeaban subyugar a la Montaña con la intención de dejar atrás a lo vago que incluían en sus individualidades. Escalar al Everest era la alelada empresa con que mezclaban fuertes premoniciones con una obsesión muy clara.

Un sherpa, junto a su mujer, había salido a recibirlos conjugando en su rostro una hospitalidad llena de amables y aterronados gestos. Estos no escondían profundos tesones y se abandonaban en perezosas sonrisas. Había que aprovechar los irrepetibles repertorios que otorgaba ese trozo del tiempo y contabilizar una nueva hazaña. Ese recién llegado navegaba por un mar de conocimientos que ceñía a lo que era indeterminado o habitaba en potencia. Sus primeros y denodados discursos estuvieron llenos de juiciosos adjetivos y algo de poesía (desenvolvía a la Montaña con magia dentro de sus relatos).

Ese hombre y su mujer habían ingresado a la posada en donde entre otros se encontraban Ríos y Pial, a quienes identificaron luego de una distendida serie de presunciones. Pronto se cruzaron en conversaciones que al principio fueron un tanto rígidas, y encerraron acontecimientos biográficos a los que el hombre recurrió como una vieja técnica para estrechar vínculos. Se mostró como un sujeto amistoso que haciendo algunas piruetas lingüísticas, celebraba al amor por la Montaña como la esencial semejanza que tenía con los recién llegados; igual que estos, se sentía inspirados por su gigantesca e irregular geometría.

Yabud y su esposa Radha se estrecharon en aletargados abrazos con Fernando y Susana (a los que añadieron suaves palmoteos); estos eran prueba de que podían integrarse en una unidad a pesar de la natural dispersión a la que se largan las personas. Aplicaron otras afectuosas demostraciones típicas de la buena acogida que hacían los nepaleses a los visitantes. Yabud aseveró poseer los instintos y las energías requeridas para vencer a la Gran Montaña; había andado cientos de veces por sus corredores, y pintaba en su mente a cada rincón como una detallada acuarela.

La mujer se dirigió a Fernando con azotados sonidos que poco a poco le permitieron trenzar palabras básicas (estas no eran muy sustanciosas y se apoyaban en los movimientos de sus manos). Dijo que Buda los guiará puesto que la Montaña estaba jalonada por sus sendas, y les dará a entender, en la última instancia, cuál era el sentido de la vida (en el que resumía a su amor incondicional). Pero Radha no tendría el privilegio de transportarse a ese cuerpo monumental; permanecerá en un retrasado ámbito en los que verá a la Montaña con ángulos inamovibles. Estando dentro del pueblo no se le apretujará la cabeza a causa de las increíbles alturas. Transitaría por estrechas calles, sin traspasarse con lo antiguo y tomando conciencia de que estar viva era detenerse a recoger el aliento que un minuto antes se había exhalado.

En una porción del pueblo, los cuatro se encontraron con Rebeca Sacornia, una montañista de inmodificable aspecto angelical que encabezaría esa expedición, o al menos denostaría cualquier desviación errática. La encontraron hablando con otros montañistas, al principio amistosamente y luego un tanto enfadada. Se refería a los artilugios de esas iconografías, a los enredos de sus caminos, a milagros que sin una palabra de advertencia se configuraban frente a uno, y sueños que eran visiones ya que incurrían en ineluctables reconocimientos de lo universal. Estaba ofendida, o simplemente se enfurruñada porque discutían sus puntos de vista (Rebeca entendía como una de sus destrezas al hecho ser franca).

En el pasado, hubiera torcido al destino si se casaba con Fernando; por una carambola de la vida (que está tapizada con soledades y silencios más que con cualquier otra cosa), se habían peleado exhaustivamente, aunque ninguno de los dos supo por qué las graduales diferencias habían alcanzado tan perturbador volumen. Juntos habían atravesado montañas y ríos, en los cuales Rebeca le enseñó aquello que tenía importancia con una resonancia enciclopédica en la que jamás registró contradicciones, sino un extraordinario afán de acabar con la cruda y sofocante ignorancia. Fue en una de esas punzantes ocasiones cuando dio por terminada la tonta sucesión de errores de su pareja, declarando al fin de su ingenuidad porque “ya no se tragaría nuevos cuentos chinos”.

Según Fernando, la separación se debió a las tendencias de ella a avasallarlo y oponerse a lo que él consideraba benéfico. Por otra parte, Rebeca había presentado la dimensión pueblerina de Fernando, como la cara contrastante al cosmopolitismo en que ella se movía. Entre los dos se había sucedido un buen número de desacuerdos, pero en la actualidad habían reestablecido lazos como buenos amigos, con el compromiso de no desbaratar al otro.

Durante la primera etapa de la marcha, la actuación de Rebeca Sacornia no ocasionó perniciosos pensamientos en Susana; ambas se acomodaron bajo el hechizo de la Montaña que hacía creer que lo que se instalaba dentro de sus horizontes no tenía caracteres parciales ni provisorios. Era

innegable que durante el trayecto separarían bien las aguas y nada quedaría dentro de territorios ambiguos; eran montañistas como los de la edad de oro de ese deporte, con la similar ambición de efectuar una hazaña apabullante. Rebeca les enseñaría a lo inviolable y a la lisa y llana verdad, ya que se destacaba especialmente en esa disciplina. Era una acérrima defensora de la ética de la Montaña y la propagaba como un trabajo docente de excelencia.

Fernando Ríos distinguió que en los silencios de Susana encontraba una radiante pureza, mientras que los templados diálogos que sostenía con Rebeca, le borraban lo espurio. Las dos lo satisfacían en sus ansías de ser atendido y lo alejaban del peligroso vacío interior, un ámbito en el que no sobresalía su voz recia, sino un enorme miedo al fracaso.

Al anunciar el ascenso, los cuatro: Yabud, Susana, Rebeca, y Fernando, se nominaron apoteóticos sucesores de Sir Edmund Hillary y el afamado Norgay. La algarabía que se expandía por sus pechos eran difícil de reprimir; asemejaron a la marginada Montaña con un dócil animal que frente a ellos se replegaría con timidez. Recién en su cima se desconectarán del mundo; ahí, se convertirán en reyes junto con los halcones y las águilas que, vigilando desde los cielos, testimoniarán que ascendieron rigurosos e invictos por los laterales durante una gloriosa jornada. Entrarán en tierras de nadie donde se oyen los fuertes ronquidos del viento que, tomando elementales polvos y hielos configuran a irreales figuras que bailan en la atmósfera.

A la expedición se sumó Pierre Melbourne: un joven que no ocasionaría problemas, y que preveía que esa sería una dichosa época. Cargaba una valiosa cámara fotográfica con la idea de capturar lo significante que se le cruzara en el camino. Tenía una sobrada amistad con Fernando, por lo que su inclusión en el grupo no fue reticente. Aunque, Rebeca Sacornio lo había interrogado en uno de los pasillos del mercado del pueblo, procurando verificar sus aptitudes para llevar a cabo el fatigoso ascenso. Quería ver si en su mente se revolvían tumultos, y si se ajustaría bien a los actos y sus cumplimientos. Entre los escalonados preparativos que correspondía hacer antes de cada expedición, había que rectificar júbilos, predicar equilibrios, y detener al potencial daño que produce la velocidad. Rebeca nunca enseñaría como hacer ese gran salto a la libertad sin antes construir fundamentales valores.

Parsimoniosamente, desentrañó a los conocimientos que el joven reunía… la preocupada montañista no toleró que le hablara de proezas ni maravillas, y se mostró poco amistosa, y al rato llenó su mirada con un inequívoco desdén: Melbourne estaba desvirtuando los arraigados preceptos de la actividad. Para subir a la Montaña era necesario contar con el inexpugnable fuego que da la voluntad de superación y un coraje que no reconociera límites en la brevedad, pero también había que

ordenar los sentidos para que estos no se resbalasen de las manos.

A Pierre Melbourne lo trató con implacable frialdad ya que consideró que nunca conseguiría una conexión real con la Montaña; con suspicaces morisquetas le expresó a Ríos que, a su modo de ver, el niño era un novato que entorpecería la marcha. Sin embargo, lo tuvo que aceptar por la interposición de ese hombre, quien debido a su predisposición optimista le había dado luz verde para que complete al grupo.

Yabud cargó sus bultos en un mediodía de tormentas invisibles, mientras que en el aplastado pueblo los locales se reunían en templos y cantinas para rememorar leyendas. Sin abatatarse con modestias, se atribuían estar adelantados a las gentes de los lugares en donde imperaban refinamientos y locuras. Se sintonizaban con sus herencias espirituales, con la torrencial dedicación que les daba el mantenimiento de una disciplina inalterable a lo largo de generaciones.

El guía sherpa observó cómo Rebeca tomaba los ensenares necesarios. Y asintió que sustentara dudas acerca de las rutas permitidas por la despótica arquitectura de la Montaña, cuya naturaleza no se sometía a leyes humanas ni a considerandos estadísticos. El hombre alertó a los cuatro acerca de cosas que sin él serían indiscernibles, asuntos que como extranjeros nunca imaginarían porque se requería de alternativas formas de pensar que reformaban, suprimían, o suplantaban, lo que veían los ojos. Les explicó como no liarse a las rocas, y las correctas maneras de trasladarse hasta desérticas áreas, en donde se sentiría a las nubes girar sobre las cabezas con trastornados ímpetus. Su arte consistía en entender al estado de la Montaña, y brindar serias predicciones a partir de la inspección de cada uno de sus resquicios. Al igual que Rebeca, su interés consistía en que los hombres se libren de esa ínsita condena que es la obstinación. No había que establecer contentamientos, pero sí continuas simbiosis en la manera de razonar.

Yabud los apadrinaría con los dúctiles cambios que realizará durante el recorrido, ya que conocía el lenguaje de la Montaña a la que a veces miraba con ojos de niño y otras con los de un viejo rezongón. Sentía gratitud hacia sus parajes a los que le había dedicado los empeños de su vida; merced a su generosidad y sus desafíos, había creado lazos con cientos de personas de todo el mundo. Su esposa se había quedado en el pueblo, aquietadas por su traslúcida habilidad de esperar que el viaje termine.

Yabud era un nepalés de baja estatura, alargados pómulos, nariz con forma de "s", ojos encapsulados, y una profesión de fe en la Montaña que transmitía con mucha amabilidad a sus clientes; sus fuertes inclinaciones espirituales eran estimuladas por el Monte Everest. Sabía que quienes se incluían en sus expediciones al final se separaban; cada uno retornaba con adquiridas clarividencias a su país, pero a pesar de las irretractables

distancias conservaban vínculos espirituales. Y nada descomponía con tristeza a sus rasgos, sino que se alegraba, y se encaminaba con enfáticas erudiciones de las rocas que frente a sus ojos eran legibles como si fueran las once grandes misivas que dejaron los dioses en la antigua civilización.

No caía de maduro que la conducta de Rebeca Sacornia se completaría con malicias, porque sus tratos ásperos en ningún momento afectaron a la utopía central del grupo de tocar las partes bajas del cielo con manos que anteriormente sólo habían tenido la potestad de asir objetos de espesores chatos. Como bravos montañistas asentirán la trasparente disposición de la Montaña a señalarles sus valores y cobardías, con el objetivo de comprobar si habían vertebrado sus cuerpos con el suficiente ahínco de triunfar.

Al ver algunos de los recovecos de la montaña, Rebeca torció su tronco hacía un costado y balbuceó. Dejó de estar al tanto de los deslices de sus compañeros, del lentificado costo del aire que irían a respirar más adelante, y de lo traicioneros que eran los peldaños de agua cuando se hacían pasar por hielos. Después, volvió a moverse con elegancia y a explicar a que se sujetaba ese gran desafío, arengando cuales eran las posibilidades sensatas.

¿Quién iría a sospechar de esa dulce joven qué miraba a la Montaña con desorbitados ojos? ¿O suponer que sugeriría dificultades en el ascenso del Monte que para sus creyentes representaba al éxtasis? Al principio nadie se había hecho semejantes preguntas. Aún se encontraban en lo bajo, en los periféricos umbrales de la Montaña con la que ya habían entablado diálogos sapienciales. La prioridad era marcar una decisiva línea divisoria con los valles que habían quedado atrás.

Rebeca Sacornia tenía la flexibilidad de una atleta, y ordenaba, pero también discriminaba y establecía una jerarquía. Estaba al tanto de los tempestuosos temples y groseros modos de sus acompañantes a los que en un lapso muy corto debía instruirlos. A diferencia de Susana Pial (una novata), Rebeca se apuntó excepcionales éxitos durante su carrera deportiva; había ligado su nombre a famosas montañas que siempre tuvieron una especial ponderación de la prensa. Frente a los periodistas solía emitir gozosas anécdotas que después de tamizarlas, se convertían en irreversibles axiomas que alimentaban las expectativas de los montañistas.

Rebeca señalaba las consecuencias negativas de creerse un prodigio. Y cuando se adentraron en las gruesas verticalidades, contempló de cerca a la cumbre atemporal de la Montaña, y envanecida por formar parte de los pocos que se atrevían a recorrer esos parajes, tuvo una descortesía (más bien fue un duelo) con Pierre Melbourne, a quien acusó de disputarle el liderazgo. Este hacía de sus instrucciones “copias degradadas y de tono

menor”, y creía que podía hacer lo que quería porque su padre tenía una inapreciable fortuna.

Remarcó con modales muy tensos a sus falencias. Lo había observado detenidamente, por lo que se adjudicó el derecho de calificarlo como “la clásica falsificación de un montañista”. Ese muchacho se jactaba de su desidia y embrutecimiento, apenas era un ridículo que no prescindía de hacer bromas pesadas. El haberlo aceptado como miembro de esa expedición había sido “un lamentable error, una extorsión sobre su voluntad, y una importunación que les haría perder al tiempo y crear pistas falsas”. Todavía no había hecho nada y Melbourne ya se creía una celebridad. “La funcionalidad de un equipo”, Rebeca le explicó, “depende de bajar las ínfulas; ninguno es indispensable, ni siquiera yo lo soy”.

Pierre le hizo una indulgente mofa, ella se indignó y le exigió qué no dijera más nada, aclarándole que, si bien ella no hacía alardes, tenía autoridad. Y: "había que ver si contaba con suficientes pelotas para seguir adelante". Se había irritado y consideró mandatorio reprobar al advenedizo que se quedaba un tanto trastornado en la retaguardia, y no cesaba de invalidar las opiniones provenientes de quien conocía mejor que nadie a esa zona.

Igualmente, sus denostadoras palabras perdieron intensidad frente a los aleteos de un gigantesco pájaro que cubrió al sur de una ladera (con rasantes vuelos había obtenido una visión global de lo que sucedía abajo). Para Rebeca se trató de una visible manifestación del espíritu de la Montaña; opinó que ella y esa monstruosa ave practicaban una similar veneración hacia los picos nevados. Fernando Ríos también capturó con sensibilidad a esos paisajes en la prosa que escribió en su Cuaderno. A los trayectos de rocas que se atravesaban, las comparó con esculturas de miles de siglos de antigüedad. Se abasteció con sentimientos de trascendencia por haber adquirido esa suprema libertad, y no sopesó la existencia de alguna razón por la que la Montaña en algún momento no los favoreciera o intentara empujarlos a un Norte desfalleciente.

Antes de que ocurriera algo indeseable, Rebeca Sacornia se amargaba al iniciar cada jornada porque su fraudulenta imaginación le hacía creer que despertaba junto a Fernando reviviendo sin perezas al romance que habían tenido. (Se recitaba a sí misma esas reminiscencias de sus sueños). Si bien procuraba mostrarse indiferente, sentía dolor por esa merma que antes no había considerado importante. Se ubicaba en un costado de la Montaña con una auténtica añoranza en ser querida, y la idea de recuperar a Fernando fue adquiriendo mayor nitidez. Pero esos conciertos finalizaban de improvisto cuando se daba cuenta que el hombre había dejado de pertenecerle, y apenas conservaban en común la conexión espiritual con la Montaña. Entonces, salvajes confusiones se metían bien adentro de su piel.

La tristeza reinaba en el corazón de Rebeca y refregaba sus manos con la persuasión de que no se aferraba a lo intangible porque el volver a estar juntos había sido la verdadera causa de esa expedición. En ocasiones hacía un colosal esfuerzo para retrasarse con el fin de que Fernando volviera atrás a buscarla, y se acercara con las pupilas engrandecidas y el corazón acelerado.

Rebeca avanzaba haciendo ese tipo de conjeturas por la inmensa Montaña: Fernando no simularía más un interés por Susana, y regresaría con ella, poniendo a la otra en el rincón que le correspondía, el del fracaso. Sin embargo, incluso cuando se agarraba con ganchos y picos a los muros helados, Rebeca observaba como su rival hacía una extensa celebración por recibir la atención de quién no le pertenecía. Los desubicados arrebatos de esa mujer le resultaban sorprendentes, y sus risas, que se escalonaban en forma intolerable, le sacudían la cara como si le estuvieran pegando cachetazos.

El grupo anduvo tras senderos que eran reconocidos rápidamente a partir de las expresiones faciales de Yabud, quien se acomodaba sigilosamente frente a cada signo de la Montaña. Entendía a aquello que arrastraban los grandes bloques de hielo, insinuaban los vientos en sus variadas ululaciones, y como evitar los vertiginosos torrentes que se ocultaban en los pedruscos.

En los profundos anversos de la Montaña se sucedieron riñas entre Rebeca Sacornia y Susana Pial por detalladas pequeñeces. Y se hizo irrefrenable la desestimación de las propuestas de la otra, al leer de manera irreverente cualquier cosa que se dijera. Susana sospechaba que Rebeca le tenía celos y que quería reingresar a la vida de Fernando.

Consciente de esos sobresaltos, Fernando le habló con discreción, pretendiendo tranquilizarla en varios aspectos. Aquello resultaba incomodo, pero no era de primerísimo orden, sólo puso de relieve que las dos debían colaborar con él, y se definió como una persona trasparente. (Igualmente, desde el nacimiento de los magnos crepúsculos se sentía inspirado por la presencia de las dos que constantemente se celaban).

Al final de esa etapa, ataron las tiendas mientras los vientos que habían ejecutado toscas sinfonías redoblaban sus iracundias, y el horizonte era salpicado por una declinante gama de luces. Rebeca había razonado que su relación con Fernando mantenía al viejo contenido ya que este no se había salido de su esfera de influencia. Le refirió a Melbourne que la Montaña solía propiciar la irrompible unidad entre el hombre y la mujer, a la par de entregarles sus principios, inspiraciones, y energías.

Para acceder a la cima por un probado trayecto bastaban las fiables indicaciones Yabud, aunque al principio Pierre Melbourne cercó con dudas la elección que habían hecho de ese sherpa, ya que sus actitudes omnisapientes le producían aversión. Con pormenorizados análisis metafísicos, este declamaba que las ansías espirituales lo llenaban con habilidad y agudeza. También decía que, si trataban bien a la Montaña, esta los acogería como sus hijos. Ese era un punto indemostrable, un absurdo, aunque lo camuflase con metáforas bellas. Tenían que ser auténticos, pragmáticos, y afilar a la poderosa espada de la honradez de acuerdo a los cavernosos mitos de su pueblo.

Según Melbourne, Yabud hablaba de cosas que nada tenían que ver con la Montaña, y se atañían a la difusa espiritualidad que propiciaba el nirvana. El hombre hacía mención al Dharma y los tres sellos que incluían a lo vistoso entre lo impalpable y aéreo; lanzaba su lastimada voz sobre lo que conformaba la tierra en la que no debía haber choques ni derramamientos de sangre.

Por otra parte, y algo turbada, Susana Pial le había contado a Yabud que sentía escozores por una pequeña herida que se había abierto en los poros de su piel. Al principio le pareció que ávidos pinches de una planta habían traspuesto sus ropas, luego halló más cierta la posibilidad de que algunos insectos se le hubieran colado. El nepalés le entregó un ungüento medicinal que calmaba esa clase de ardores. La relación de Susana con Yabud era muy buena; ella le consultaba sus problemas, y él le abría la puerta de la iluminación a los efectos de que aprendiera de los más sagaces sutras. Ya que, como el Buda, predicaba la verdad de ver las cosas tal como eran cuando uno se sumía con placidez dentro de una persistente paz.

Susana Pial se resentía por el cansancio del viaje, el frío, y la falta de higiene, pero su mayor irritación tenía que ver con la corcoveada agresividad con que la encaraba Rebeca. Esta se creía la única capaz de resolver las dificultades que se iban multiplicando, abastecía a los demás de desesperanzados ánimos, no admitía que hicieran análisis alejados de sus instrucciones, y consideraba oprobioso que el grupo asumiera que podría acceder a la cima sin valerse de sus consejos.

Durante las atenuadas rectificaciones que hizo, Yabud consideró que en la siguiente etapa de la marcha encontrarían despejadas canteras dentro del llamado Rincón de los Infames, dentro del cual cerraba su boca el charlatán (el aire se volvía rancio y la respiración desapacible). Era la indivisible transición que bordeaban a las estancias que hicieron los dioses cuando reivindicaron sus hegemonías sagradas. Hasta ahí, una vez llegó el Buda, y se quedó quieto sin regir a los demás, no apuró sus pasos ni bebió del agua que caía del deshielo. Este había dicho que cargar con insanos pensamientos era semejante a llevar una serpiente muerta

enroscada al cuello.

Al continuar la marcha, los cinco compusieron la excelente expectación de arribar a un campamento atiborrado con víveres. Y lo vieron al avanzar en un espacio llano que se separaba de las rocas; primero fue una sombra y luego un aislado reducto de la civilización que habían dejado atrás. Su estructura honrosa y modesta se correspondía con las solicitudes que Yabud le había hecho al Buda. A esa sólida edificación la designó como la contracara del caos. Ahí encontraron equipos de oxigeno que integraban las muestras de cortesía de los anteriores residentes: montañistas que habían pensado en cómo solucionar los problemas de desconocidos colegas que vendrían detrás de sus realizaciones, aquellos que, al entregarse a enormes sueños no correrían el riesgo de caer en imprevistas pesadillas.

Más adelante se encontrará con las máximas dificultades de la cumbre, pero desde ese atalaya se organizarían para enfrentarla. Yabud pidió parar y hacer germinar los anhelos de paz que habían plantado al salir al encuentro con la Montaña.

Fernando Ríos no se preguntó si había condescendido demasiado a Rebeca, cuándo ella atravesó al rectangular refugio rompiendo al silencio ígneo, y diciendo que estaba al tanto de espantosos secretos que por obra de la desidia se abatirían sobre los loquitos que le habían tocado como compañeros. Sentía un rabioso placer por compartir una suerte que probablemente sería sinónimo de desgracia. Se trataban de inéditas acotaciones que estaban en armonía con su derecho a despotricar. La mujer citó una pasmosa cifra que guardaba en la memoria como un enigmático argumento; había habido relatos que no se oyeron, predicaciones periodísticas que fueron catalogadas como falsedades, y antecedentes de ciclones en los cielos. Pero lo mucho que expuso en esa ocasión fue tomado como tintineos alarmistas con que disimulaba sus malas intenciones… por lo que Susana le pidió por favor que se relajase y no se emperre en asustarlos.

A esa épica magistral, Rebeca la saturaba con recortadas tragedias, cuando lo mejor era alabar parejamente al coraje. Pronto, impregnó su rostro con un estrambótico sufrimiento: si no tomaban en cuenta a sus sabias admoniciones serian derrotados por el Monte Everest. Pero como consecuencia de su exasperante conducta se estaba formando el consenso de no permitir que continuara hasta la cima. Y en los ojos de Susana surgieron brillos relacionados con ese devenir.

Además de oír los negros pronósticos de Rebeca, Pierre Melbourne se inquietó porque antes de salir habían repudiado algunos informes de tormentas que consideraron desventuras pagas, desperdigadas mentiras cuyo interés estribaba en incrementar las rentas de los servicios hoteleros. Estos, habían mencionado el acercamiento de un frente frío que

se adentraría sobre una de las puntas terminales del Himalaya. Él y Fernando los habían pasado por el fuego como papeles malditos que tramitaban la ficción de una hecatombe que extendería indefinidamente al plazo de espera. Pierre miró al cielo en el que hasta entonces sólo habían bailado algunas nubes, y notó que su humor se hacía estruendoso y las frecuencias de sus vientos se repetían con ritmos disimiles. Una tormenta aunaba ventiscas desde el sector oeste del horizonte. Había que permanecer en el refugio y ceñirse a un descanso. El joven Melbourne contó como afortunado que el mal clima no los cogió en el trayecto, sino cuando se habían asentado en el campamento.

El grupo observó cómo porfiados círculos blancos pulían al paisaje. Y sin adivinar ni anticipar nada, se internaron en maravillosas mitologías que explicaban las vicisitudes del mundo. Después de esa fase de meditaciones, Pierre Melbourne se mostró como un brillante contador de chistes qué tendían a ser inspiradores. Pero para Rebeca esas humoradas eran impropias, y lo acribilló con un furor irrestricto. Le hubiera gustado hacer una reseña de lo que no quería que quedara en un a secundario plano.

Pierre Melbourne y Yabud (que terminaron llevándose bien) hablaron de viejas tradiciones alpinas. El joven le señaló que eran desertores los que antes de llegar al postrimero trayecto, efectuaban capitulaciones que los encuadraban en exangües resignaciones, y descendían acobardados.

Al rato, se volvió a hablar de temas superfluos, insistiendo en poner agradables acentos en viejas anécdotas. Y cuando Susana Pial entonó un suave diálogo con Fernando qué no se refirió a potencialidades aciagas, Rebeca se retrajo aún más, denunciado con su silencio al desorden y arrogancia de esa gente.

Durante la estadía en el campamento, Fernando anotó en su Cuaderno de Viaje cómo Yabud agradecía haciendo constantes desplazamientos de sus manos, a dioses con quienes se conectaba a través del Buda en la exuberante Montaña que sostenía (como el Bien Amado) al ecosistema. El hombre oriundo de la localidad bonaerense de Azul, deploraba a lo inacabado que auspiciaba ese plantón, pero el sherpa expresó que mientras el grupo estuviera unido nadie desfallecería, ni avistaría en las consecutivas mañanas a signos de calamidad, ni se convertiría en prisionero de los férreos engaños. Y si eran agradecidos a la cruda hospitalidad la Montaña, esta los llenaría con dones sobrenaturales.

El espectáculo del achacoso clima agregó en el rostro de Susana Pial desabridas muecas. La trastornada cercanía de Rebeca le había aceitado los resortes pasionales que la unían a Fernando Ríos; extraños pensamientos fluían por su mente frente a los ataques de Rebeca Sacornia. Aguardaba con impaciencia que se produjera la conquista de la

cumbre y al previsible descenso.

Fernando, en el otro sector del refugio, hablaba de novedades tecnológicos que Pierre Melbourne conocía de sobra, y daba cabida a relatos que Susana no tenía ganas de oír; asuntos que enraizaban el fervor de sus masculinidades, pero a ella le resultaban indistintos.

Debido a los caldos y espirales de las enloquecidas nieves que inculcaban la obligación de detenerse, Fernando Ríos repasó lo que había visto del Everest. Se deleitó en verter al papel armoniosas observaciones cómo si fueran músicas de violines cuyas cuerdas habían sido frotadas por los vientos. Las direcciones de esa tormenta se iban tornando fofas, y Fernando juró que nunca olvidaría a ese espectáculo. Asimismo, registró que jamás ansió la cobarde paz que asustaba a los hombres, y los mantenía dentro de los límites de sus hogares en un estado que carecía de gracia y se amoldaba a la pequeñez.

Luego se distrajo al oír efervescentes increpaciones: los arrebatos de Rebeca creaban folletines de conflictos porque se oponía a cada cosa que se dijera. Rebeca había perdido el respeto de los otros a quienes acusaba de ignorantes y de admirar la estupidez.

Fernando lanzó otra ojeada al exterior. Renovados sarpullidos de luces le permitieron creer que pronto cesaría de caer nieve. De a poco, el sol volvió a marcar la linealidad de la luz, y ningún objeto volvió fue sacudido por apretujadas manchas blancas. Los hombres salieron y movieron sus pies por desgajadas extensiones. La Montaña dejó de contener algo equívoco o que no contara con las bienaventuranzas de la cotidianeidad. Esa última hora no se contaminó ni adquirió paralelo con lo oscuro.

III

Pudo ser que las lunas que anduvieron por esas bases fueron sinópticas fantasías creadas por la mente de Yabud, o un pequeño resumen de otras lunas que habían sido domeñadas después de que bajaron de lo alto para afincarse en su conciencia. A esa idea la mezcló con una bravata que lo mostró desacomodado y grosero como un perro que exhortaba a los demás a través de ásperos ladridos. Tal vez se había enganchado en el corredor de un laberinto o no pudo abrir una de sus puertas, porque nada de lo que decía era característico de su comportamiento metódico. Se arrastraba desesperado debido a que se habían incrustado en sus retinas, salvajes y dramáticas imágenes que no dejaban de ser opulentas (eso era lo propio que sucedía cuando la miseria desflecaba a las abundancias y se robaban las promesas de los dioses). Manaban algunos insaciables ingredientes: las mentiras que reducían el valor de lo sobrenatural, y misteriosos roces con lo que paulatinamente se hacía prolifero.

Él nunca se hubiera conducido de esa forma, ni siquiera cuando empezó a farfullar palabras que se distanciaron de su dificultoso inglés, y conformaban doctrinas parciales que no captaba un concepto central. Se mantuvo cauteloso dentro de lo ambiguo porque no podía explorar ni escudriñar lo que tenía a mano. Su explicación fue que habían transcurrido días que fueron minuciosas repeticiones de otros, que no se correspondían con aquellos en los que feliz había transitado por la tierra.

Predicó una total desposesión, la renuncia a lo superfluo que tantas veces se insinuaba en la desnudez. Puso énfasis en apartarse de los moldes tradicionales y predicar lo que era imposible que los ojos distinguieran. Pese a su espiritualidad y a ser el portador de los superiores usos sagradas, se fue anulando con tormentosas representaciones visuales de la sed y el hambre. Y cayó en la insensatez.

Como guía había acumulado dignos años de experiencia, pero entonces y desaferrándose de heroicos impulsos, su entendimiento se hizo poroso y su vista se encandiló. El mundo había pasado a ser una lámpara de aceite dada vuelta.

¿Cómo pudo ser que ese hombre confiado en sus saberes y para nada altanero, le ocurrió esa desquiciada contingencia en la que sentía que un águila volaba directo hacía él para comerle el hígado? La contestación es terrible:

Minutos antes y frente a Rebeca Sacornia, Yabud no había carecido de amabilidad: le ofreció un vaso de la leche deshidratada de cabra que solía tomar durante las expediciones. Ese animal ofrecía valiosas ilustraciones, y colaboraba en la reconstrucción atómica del cuerpo de los hombres (su aporte era sustancial ya que su leche contenía elementos curativos). Ese gesto afianzó al lazo que los unía, y se trató de la complacida demostración que integraban una comunidad. En retribución, Rebeca le dio de comer hongos qué (según le indicó) eran buenos para el mal de altura. Se los ofreció con cariño y el convencido beneplácito de que estos le generarían energías inagotables. Sin cuestionar lo que ingería, el sherpa entendió como una falta de respeto y una negación de la antigua caballerosidad de los barones de Nepal, el no aceptar lo que la mujer le ofrecía como un elixir de la naturaleza, y masticó los hongos alabando su sabor mientras sus ácidos jugos se difundían por su estómago.

Yabud fue el primero en no alcanzar a la cima, porque sin quererlo se había bifurcado del correcto camino. Y pasó de reconocer lo palpable a tener visiones cuyas blandas contundencias eran equiparables a las que los dioses asignaban a los hombres en épocas de sueños. Sonrió como si lo hubiera acariciado la luz, y se conectó con lo que había más allá de lo real dentro de reinos concéntricos y relativos. Oyó temáticas que se circunscribían a elogiar lo inapreciable, pero tal vez se trataban de injertos

sonoros que inadvertidamente se metieron dentro de sus orejas.

Susana Pial notó como el sherpa había quedado compungido, idiotizado, aferrado como alga a una maciza roca del océano, con la compulsión de aplacar los movimientos que a los contextos siempre los han diversificado

Yabud musitaba excedentes doctrinas del Buda en la esperanza que éstas detuvieran al deterioro. Pero esa situación farragosa, los disparaba a divagar… (aun sabiendo que de la impostura germinaba la desdicha). No quería hacer confesiones inútiles, pero se sentía impertinente y trivial, y no mantendría encerradas las palabras que antes había puesto bajo siete llaves.

Aplicando un riguroso análisis, Susana dedujo lo que había ocurrido: Rebeca, que se mostraba tranquila y hasta silenciosa, se había dispuesto a reemplazar al sherpa y encabezar la expedición. ¡Y Yabud con su torva probidad, cedió frente a las insistentes maquinaciones de la bruja! Pierre Melbourne también sospechó que la erosión del sherpa se debió a una deplorable acción de Rebeca Sacornia, y que por eso merecería ser destituida. Pero Fernando supuso que la inhabilitación de Yabud tenía causas accidentales. Aquello fue un desgraciado evento, y era una enorme injusticia achacar a Rebeca el haber hecho algo de ese tipo. Sin embargo, Fernando admitió que los murmullos en contra de su ex novia se centraban en críticas bien fundadas (que en algunos renglones de su Cuaderno de Viaje se aproximó a narrar).

Y como el problema físico de Yabud no podía tomarse como un episodio banal, Fernando decretó que seguirán la travesía sin el sherpa. Este se recuperaría al reposar por un buen tiempo. Y uno del grupo debía quedarse en el campamento para cuidar de él, aunque el hacerlo significaría sacrificar sus anhelos de plantar bandera en la cumbre. Fernando Ríos se abstuvo de hacer un redundante llamado ya que, dentro de las afianzadas costumbres de los grupos de montañistas, uno de los integrantes de la expedición debía quedarse con quien se había accidentado. Y por decisión mayoritaria esa función recayó en Rebeca.

Rápidamente, le comunicaron que estaban convencidos de que ella se desempeñaría con una espléndida sobriedad. Encumbrado por su ancha sonrisa, Fernando Ríos le brindó a Rebeca unos amables apartados de por qué eso sería lo mejor. Y no tardaron, los tres, en reagruparse varios metros más arriba, ya sin Rebeca Sacornia que ajustó en su rostro a gestos atormentados, pero se entregó sin resistirse a ese “filantrópico” acto.

Hasta que en un innominado minuto se corrigieron las terribles migrañas de Yabud, y éste logró ver nuevamente como el trasfondo de la Montaña se iluminaba. Las rocas eran salpicadas con los rastros rojizos con que se arrastraba el naciente sol. Al fin se había excluido de los sueños. El mundo circulaba de acuerdo a sus retornadas propiedades, y los objetos se volvían a plantear dentro de la realidad y cesaban de ser meras presunciones. A través de deducciones impasibles, Yabud compiló los indicios de lo que pasaba; se apreciaban piadosas exaltaciones en su rostro en el que ya no anidaban hermetismos.

Supo que fue curado por el misterioso arte de Rebeca Sacornia, la joven que se encargó amorosamente de velar por él y conjeturó que lo ocurrido no tendría efectos posteriores. Únicamente se había imbuido con perturbadoras fantasías, escrituras en su mente cuyos caracteres en seguida se tornaban borrosos, alienables atributos que no mantenían relaciones con los combates diarios de los que eran proclives a la mortalidad.

Durante un incierto período sobrevivió en sueños dentro de una nación de cabras con cuernos largos; esos animales bordeaban las terrazas de las montañas y se amontonaban en algunos de sus bordes rumiando con malos tratos hacia los desconocidos. Las cabras arriesgaban su mundo al saltar por los vacíos, pero con él habían sostenido un vínculo fraternal Además, Yabud residió dentro de impresionantes construcciones hechas por plácidas larvas, y paseaba por un jardín cuyas flores hundían sus raíces en el cielo.

Yabud se consagró a su trabajo que consistía en desagarrar los velos de la Montaña. Percibió sus ocultas simetrías en los zigzagueantes pasillos que delineaba lentamente al irse abriendo paso. Tomó un puñado de polvo y lo vertió sobre distancias que reconoció al instante; descifraría los secretos guardados por la Montaña a partir de esas fugitivas partículas. Tras comprobar que había recuperado plenamente la capacidad de movimiento, con embotelladas sensaciones el sherpa comenzó a escalar con el propósito de divisar a los miembros de la expedición. Extendió sus pasos sobre accesos de variadísimos peñascos que se interconectaban. Efectuó un sereno gobierno del paisaje ya que era abundante la intromisión de la luz que deshacía los trastornos causados por la tormenta. La Montaña había recuperado su habitual dimensión.

Yabud comprobó que las huellas divagaban y eran disueltas por cuencas vacías; había un trazado que no era persistente y se dirigía a un cúmulo de piedras. Se intimidó por la estrechez de esas rocas, pero no implicó a sospechas. Tampoco aceptó que el temor le borrara la readquirida lucidez, y le hiciera creer que hubo cuentas pendientes con la Montaña. El silencio flotaba como una reticente referencia.

Cuando llegó al nivel en el que la barbárica verticalidad dificultaba al tránsito, Yabud repasó algunos inclementes paradigmas de la Montaña temiendo que fuera demasiado tarde. El Sherpa se metió en los últimos dientes de piedra del Everest, después de descorrer sus pesadas barbas de hielo, y pidió al Buda que le ayude a edificar en su corazón al lugar en donde los descubriría. Posó su vista en donde ya no existían signos agrestes, y los imaginó como si se hallaran cercanos; los llamó con gritos que se alternaban con reprimidos sollozos ya que su pecho se había inundado con tristezas

La respuesta a esa confrontación con la nada, la dio el hallazgo de tres cadáveres qué fueron pruebas absolutas de que esos advenedizos habían sido vencidos. Al final, construyeron en el corazón de la Montaña a sus provisorias tumbas; sus cuerpos estaban en posición de adorar a ese ídolo gigante. Estaban sumergidos en hielos que aún no se habían derretido.

Sin paralizarse con lamentos ni hacer una larga simulación, Rebeca Sacornia no quiso permanecer en esa apartada pendiente. Por única vez Yabud la encontró hablando sola como si estuviera elaborando mapas que no servían para orientarse. Al sherpa le pareció que la joven estaba vadeando por una experiencia de duelo y cargaba con aquella terrible melancolía cuyo castigo era el de minar al espíritu de a poco. Rebeca Sacornia, se adueñó de una maniática rigidez, y sólo más tarde, le habló acerca de las alongadas cuestas que descendían, y que, en sus partes más altas, los cielos se movían con las mismas oscilaciones que en los bajos niveles del planeta hacían los flujos marinos. A Yabud le resultó evidente que esas negrísimas circunstancias habían desordenado la mente de Rebeca.

Epílogo

Fernando Ríos, enérgico, se había ubicado en la dudosa saliente, y confiado en la viabilidad del itinerario calificó como casquivanas a las provocaciones de los vientos. Fijó su mente en el ascenso sin más auxilio que su voluntad, y sin temer a ciegos entrampamientos, reunió (o procuró reunir) al valor requerido para avenirse con la Montaña. Confundió a las señales esgrimidas por los mapas, y se enredó con rocas de diversos tonos grises y nieves en sus fases de escarchas. Ahuyentó a cualquier irresoluto desistimiento con el propósito de fraguarse cómo un digno adversario del Monte Everest.

La emergencia en alcanzar la cima fue proclamada desde su rudo y morado semblante, el resto fue empecinarse en avanzar arrastrado por el amor propio. Pierre y Susana lo siguieron furiosos como si chispas de electricidad se desprendieran de sus cuerpos. De más está decir que se perdieron dentro de la enormidad, y una avalancha de nieve los

sorprendió en pleno despliegue de sus temeridades.

Valiéndonos de las esmeradas oraciones que Fernando escribió en su Cuaderno de Viaje, pudimos hacer esta reconstrucción literaria. Se trata de un limitado documento que conjuga a los temibles secretos de esa expedición con algunos de los quehaceres usuales de los montañistas. Fernando Ríos había anotado cada detalle de su accionar en una insospechada manera.

Fin